

DEITANIA

Antonio
Fernández

Aquellos maestros que yo tuve aún no están muertos. Lo digo porque casi siempre que se titula como he titulado este artículo, suele ser para recordar aquel sepiá y neblinoso retrato del maestro enseñando a los alumnos de la posguerra. Pero los maestros que yo tuve todavía siguen en su labor. Yo tengo suerte por haber tenido grandes maestros. Y expresar esto, hoy día, no es ningún tópico. Se habla mucho del fracaso escolar y muy poco del ocaso de las clases magistrales. Yo creo que lo primero deviene de lo segundo. Repito, sin complejos ni reparos, más bien henchido de orgullo, que yo tuve magistrales maestros.

La cosa comenzó una mañana, creo, de invierno, y hacía un día muy cerrado, grisáceo y londinense, todo muy parecido al áurea climática que envolvía a la novela *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. **Juan Durán,**

Aquellos maestros de literatura

Juan y Josefina

el maestro de inglés, lengua y literatura españolas, nos mandó leer ese libro. Fue de los primeros que leímos en el colegio y recuerdo aquella reflexión que tuvimos que hacer de improvisado, en clase, con un papel y un boli, a ver qué salía. Yo acerté—perdonen mi orgullo—en lo de que Stevenson quiso expresar en su novela la dualidad que a veces enerva y angustia al hombre, esa rivalidad interior entre el bien y el mal. Pero recuerdo haber escrito que había sido una novela *intrigosa*—ríanse de mí—, en vez de intrigante. Juan se cabreó y exclamó ¡qué barbaridad!, aunque tuviera bien lo otro. Con Juan saboreé a Machado aquella mañana de boria, sentado yo en la última fila, al lado de la ventana que daba al patio, abajo los de infantil y primaria, escandalosos críos, hacían que me sintiera mayor y algo me inspiraba cuando leíamos

aquello de: *Fuera llueve un agua fina, que ora se trueca en neblina, ora se torna aguanieve*. Quizá nevó esa noche. A Bullas nos mandaban maes-

tros que hacían muy bien de maestros de invierno. Juan, después de muchos años en el colegio, se marchó cuando yo estaba a principios de tercero de secundaria. Con él se iba un encantamiento, una seriedad de letras que olía muy bien a café.

Luego vino **Josefina Valera** en sustitución de Juan y nos dio un baño de amigabilidad y juventud, romanticismo y mucha sintaxis para prepararnos y entrar correctamente al bachillerato. Josefina recuerdo que nos leyó una vez, de manera muy sentida, *El monte de las ánimas*, de Bécquer, y se llenó la clase de un hechizado silencio. Era muy natural ella, alegre y genial. Escuchábamos a Serrat en un radiocasete y hasta que no se aprendió mi nombre me llamaba rubio. Una vez nos hizo escribir un cuento y yo lo hice sobre un joven que quería ser profesor de le-

tras. Creo que por aquella época yo aún no había aprendido la palabra sutileza, y, claro, cuando lo leyó en clase dijo: quién será el pelota éste... Y ya no escribí nunca más cosas de ese estilo, aunque aprendiera después a ser sutil. Los dos últimos años fueron más primaverales, más lozanos, quizá porque las clases, a diferencia de las de los primeros cursos, daban a la calle y eso nos acentuaba más todavía la neurona adolescente. Josefina, además de la maestra de lengua y literatura, era la confidente que nos regalaba algunos consejos para la vida que empezábamos a sentir. Cuando se acercaba a mi mesa para responderme a alguna pregunta me distraía en sus dos océanos, unas veces pacíficamente claros y otras atlánticamente profundos, aunque por aquel entonces yo pensaba que eran sus ojos de un azul tan envolvente como el cielo. Con Josefina, ya digo, se respiraba una confianza primaveral quizá porque, años arriba años abajo, andábamos casi en generaciones parecidas. Ha sido, y es, la maestra que se convirtió en amiga.

Pascual
García

Espinosa tiene de común con ellos su faceta de creador absoluto, no solo en cuanto a los argumentos, aconteceres y tramas, sino en una manera peculiar y original de decirlo todo, en la que hallamos el cuidado por la lengua culta, propio de los clásicos y el atrevimiento y el descaro de una inteligencia punzante y sardónica, más cercanos a nuestros días y, sobre todo, a los días de Espinosa. La novedad del escritor murciano es haberse convertido en un autor sin tiempo o, lo que es lo mismo, es un escritor eterno, con vocación de permanencia, en lo que él denominaba un escritor de destino, como el propio Eremita proclama en un momento de esta obra: “Yo soy un hombre de destino, aunque no pretenda serlo.” Su claridad procede de ese rasgo tan identificable, tan evidente en todas y cada una de sus páginas, pues Miguel Espinosa escribió siempre con el peso y la conciencia de que alguna vez su obra encontraría las coordenadas espacio-temporales adecuadas, y de que, al fin, se le entendería en su totalidad, se le valoraría definitivamente y como consecuencia, se le admiraría, como pretendemos unos cuantos, como uno de los mejores escritores españoles contemporáneos y, a la vez, como uno de los más raros, de los más exquisitos, de los más marginales.

De ahí que resulte sencillo la identificación de su persona con ciertas criaturas de sus libros, como este Eremita que anda por el mundo predicando su palabra contra la palabra del poder y que, justo por esto mismo, sufre persecución y cárcel: “Los mandarines andan buscándome, y un día caeré en sus manos: esta mañana me han llamado y me han dicho: “Sabemos que eres heterodoxo. Di tu doctrina.”

La lucha, la resistencia y el conato de revolución son de naturaleza conceptual y lingüís-

Historia del Eremita:
Miguel Espinosa o
la heterodoxia (Final)

tica, porque el ámbito novelesco espinosiano tiene este material como constituyente único. Lo verbal inteligente como revelación contra lo instituido y caduco, arrastrado por la costumbre, la tradición y la fuerza. El Eremita desciende de las montañas para predicar un mensaje nuevo, con un propósito mesiánico por el que se granjea la animadversión de los que mandan: “Intentan hacer ver al pueblo que estoy contra el pueblo, porque no digo lo que dice el Libro.” Surge, por ello la heterodoxia contra la norma y la convención mandarinescas. Espinosa construye su discurso con el sarcasmo, la burla y la ironía, que han sido desde antiguo armas indeseables para tiranos de pelaje varío, habituados a echar mano de la violencia y de la fuerza a la más mínima revuelta, pues el mandarín suele rodearse para su defensa de los hombres de estaca: “¿Acaso ignoras que la estaca es necesaria? Pues la estaca resulta irremediable.”

Miguel Espinosa adentra a sus lectores en un territorio tan mágico como irreal, y, sin embargo, sabemos muy pronto que cada personaje, cada situación posee un referente externo y ha nacido de una anécdota verdadera en unos años de penumbra política y de tristeza social, en los que solo había un pensamiento, es decir, un Libro, y la obligación de actuar de acuerdo a sus dictámenes. Espinosa vivió en ese mundo cerrado de la Murcia tardo franquista y conoció las contradicciones y las miserias culturales de un régimen vacío, en el que unos pocos poseían las palabras necesarias e

importantes, las palabras decisivas, y hacían uso de ellas para ir contra los que discutían y dudaban de aquella doctrina: “Él mismo ha confesado que tiene de-

monios en el corazón. Es un hereje y ha escandalizado nuestros oídos. Culpable es.”

Resulta sencillo ver en las palabras y en los gestos del Eremita, el personaje principal de esta obra, la personalidad y las palabras del propio Espinosa, su ejemplo y su cuerpo general de ideas, de un evidente carácter filosófico, pero muy cercano a la existencia, valiente y despojada de adornos innecesarios, exagerada a veces, como corresponde a un relato con pretensiones de destapar la falsedad de una época y de unos hombres y dejar en el acontecer creativo de los años una muestra valiosa y firme de la verdad acrisolada por un hombre que padeció la marginación y el exilio interior y, no obstante, se rebeló contra las fuerzas oscuras que le impedían el noble ejercicio de la inteligencia y de la razón: “Si el acusado es analfabeto, hijo de la genticilla, y pobretón vestido de harapos, como se ha probado, ¿qué sabe de demonios?”

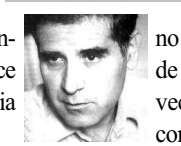
Miguel Espinosa combate contra los enemigos de su tiempo y deja constancia de todo ello en sus obras; cada una diferente a las demás, pero todas ellas unidas bajo un mismo sustrato de voluntad y de talento, de rebelión y de inteligencia, de noble protesta y de pasmo continuo: “Dios ha creado al Príncipe y los mandarines para que el príncipe y los mandarines se entiendan.” Descender hasta la realidad sociopolítica de los años en que el escritor murciano concibe este libro, la década de los cincuenta, en una pequeña ciudad de provin-

cias, y ponerlo en conexión con el sentido último de la fábula supondría una operación excesivamente sencilla. No obviaremos, sin embargo, porque estaríamos faltando a la verdad, que todas y cada una de las obsesiones literarias y filosóficas del narrador de Caravaca proceden de su propia existencia, su apartamiento de determinados cenáculos sociales y políticos, su deseo de haber pertenecido, de buena ley, a la comunidad universitaria o de que sus libros hubiesen recibido el beneplácito más contundente de la crítica, el público y la ciudad en la que vivía. Todo esto y más, incluidas sus relaciones sentimentales, sus amigos con nombres y apellidos, sus enemigos y su familia están en sus libros y sus lectores podemos rastrear su presencia, aunque de todo ello, de sus vivencias, sus fracasos y sus desencuentros, sus contradicciones y su humanidad, el genio literario de Espinosa llevó a cabo una obra sublime y compleja, cuyo principal basamento es “Escuela de mandarines”, que se alzó con el Premio Ciudad de Barcelona y que fue reconocida por intelectuales, tan solventes como de diferente signo político, como Manuel Fraga Iribarne o Enrique Tierno Galván. “Historia del Eremita” es uno de esos títulos de cuya existencia sus incondicionales sabíamos y cuya publicación esperábamos con ansia. Ha sido Fernando Fernández, y su editorial Alfaqueque, el elegido por Juan Espinosa para este gran acontecimiento que celebramos y del que nos congratulamos todos sus lectores. No entraremos, porque no parece pertinente, en vanas comparaciones entre uno y otro título. Baste con que después de tantos años seamos capaces de leer y disfrutar de un viejo y prestigioso inédito, misterioso para todos nosotros, que no puede dejarnos indiferentes, como todo lo que concibió Miguel Espinosa, el mejor escritor murciano de todos los tiempos, uno de los mejores escritores españoles del siglo XX.

Ibidem. P. 143 Ibidem. P. 98 Ibidem. P. 99 Ibidem. P. 109 Ibidem. P. 113 Ibidem. P. 123 Ibidem. P. 200

Miguel Espinosa

HISTORIA DEL EREMITA



Miguel Espinosa